



## **PORQUE DIOS HIZO LAS MOSCAS**

“Mamá, ¿por qué hizo Dios las moscas?” Así preguntó Susanita sentándose de repente en su camita donde se suponía que estaba haciendo la siesta.

“¿Por qué hizo Dios las moscas?” respondió doña Francisca. “¿Por qué? Pues, Susana, yo no te puedo decir todas las razones, pero creo – sí, estoy segura de saber una.” Su voz expresaba mayor confianza mientras hablaba y Susanita esperaba que le contara toda la historia.

“No te lo voy a contar. Iremos a ver a tu abuelito después de la siesta y él te lo contará mejor que yo,” así dijo su madre tapándole cariñosamente con la frazada. Susana tenía que estar contenta con eso, y después del intento de contar las moscas que locamente jugaron en contorno de luz eléctrica, se durmió.

Abuelito estaba tacando el órgano en la sala cuando Susana y su madre llegaron, pero muy pronto él y la nietecita estaban charlando y luego la niña oyó la respuesta de su pregunta.

“Ah, sí”, dijo Abuelito, “Si alguna vez hubiere quien tuviere razón dará gracias a Dios por una mosca, yo la tengo,” dijo reclinándose en su sillón con alegría y buen humor chispando de sus ojos. “Sí, te voy a contar algo que explica porqué Dios a lo menos hizo una mosca, y si una, ¿porqué no todas, verdad?”

“Bien, una vez había un hombre que tenía a lo menos dos cosas especiales. Una cosa era que le gustaba mucho la música. Le gustaba sentarse horas enteras escuchando a un buen pianista u organista, y a veces él mismo tocaba.”

“O, Abuelito, exactamente como tú,” dijo Susanita con alegría.

“Sí, Susana, tal como yo,” agregó Abuelito. “Y la otra cosa especial de este hombre era que él no creía en Dios. Nunca asistía a la iglesia; nunca leía su Biblia; mentía muchas cosas feas.”

“Sigue, sigue,” animó Susana, mientras Abuelito se detuvo.

“Bien, un día en la iglesia de la aldea iban a estrenar el órgano nuevo, y un organista famoso iba a llegar a tocar los himnos. Ciertamente el pastor iba a predicar, pero todos estaban emocionados y hablaban sólo de la bella música. Ese hombre – llamémele Alfredo – oyó las noticias y deseaba oír el órgano. Pero por eso tendría que asistir a la iglesia, y eso él no quiso hacer. Pero por fin, le nació una idea. Él iría solamente para escuchar la música, pero mientras el predicador oraba y predicaba, él se metería sus dedos en sus oídos para no escuchar eso.”

“¡O, Abuelito!” exclamó Susana con sus ojos bien abiertos.

“Así el hombre se fue a la iglesia. Escuchó la primera pieza. Era encantadora. Entonces era hora para la oración del pastor y Alfredo metió sus dedos en sus oídos. Las sacó para escuchar el siguiente himno pero cuando el predicador comenzó a leer la Biblia, otra vez Alfredo tapó sus oídos. Él no iba a escuchar, si hubiera manera de no hacerlo. Pero – tú nunca puedes adivinar lo que pasó. Una mosca negrita y molestona se paró en la nariz de Alfredo.”

“¿Verdad, Abuelito?” preguntó Susana inclinándose más atentamente hacia su abuelito.

“Sí, y ¡cuánta molestia el pobre sufría!” continuó Abuelito.

“Alfredo sacudía su cabeza de lado en lado para delante y para atrás, pero la mosca por nada se movía. Por fin, intentó quitársela con un soplo, pero todo era en vano. Entonces la mosquita molestona se puso a pasear sobre la cara de Alfredo, primero bajó por su nariz, después dio un paseo alrededor de su boca y lo hizo varias veces haciéndole cosquillas cada vez más irritantes. Por fin pobre Alfredo no aguantaba más. Quitó una de las manos de su oído para espantar la mosca. Pero precisamente en ese momentito, Susanita, créeme o no, él oyó que el predicador leyó de la Biblia: “Él que tiene oído, oiga.”

“¡O, Abuelito que divertido este versículo! ¿De veras se encuentra en la Biblia?” preguntó Susana.

“Cómo no. Está en la Biblia y cuando Alfredo lo oyó, recibió el mayor susto de su vida. Algo le hizo bajar las manos de sus oídos y escuchar atentamente el sermón. Era como si aquel versículo se había dirigido directamente a él. Al llegar a la casa, él buscaba hasta encontrarlo en su Biblia. Él lo leyó y se dio cuenta que Dios le había amado a él y que había dado a su Hijo, el Señor Jesús, a morir precisamente por los males que Alfredo había cometido.”

“Entonces no le quedaba otra cosa que doblarle sus rodillas y darle gracias a Dios por todo y arrepentirse de sus pecados. Desde ese momento en adelante se puso muy feliz porque Dios le había perdonado y había llegado a ser su Amigo. Ya, mi muchachita, allí finaliza la historia. Me parece que Abuelita nos está llamando a comer.”

“¡Alfredo, ya está servida la mesa!” dijo la Abuelita. Susana escuchaba, y de repente, apretando la mano de Abuelito, le miró en la cara.

“¡Abuelito! ¿Tú te llamas Alfredo? ¿Eres tú el Alfredo de la historia?” ella preguntó.

“Cómo no, niña”, contestó “Yo era aquel Alfredo perverso, y Dios usó una mosca para hacer que Alfredo pensara en Él. Esta era la razón maravillosa por haber hecho una mosca, ¿no lo crees?”

- Missionary Worker (La Obrera Misionera)